

SÁTIROS Y NINFAS

Antes de tratar de los monstruos propiamente dichos, conviene referirse a otras divinidades híbridas y salvajes, aunque no son perversas y dañinas como aquellos: los sátiros. Precisamente sirven bien de transición entre el tema de los dioses y el de estos otros seres, puesto que componen el cortejo del último dios Olímpico, Dioniso.

SÁTIROS O SILENOS

Son los sátiros (también llamados silenos) divinidades menores, démones, que se hallan en íntimo contacto con la naturaleza, cuya exuberancia, libertad y desenfreno representan, y es propio de ellos el carácter lascivo –persiguiendo de continuo a las ninfas, por ejemplo–, la afición a la música, la fiesta y la bebida. Acompañan a menudo al dios Dioniso y participan en sus orgías, en las que beben, danzan al son de flautas o címbalos y acosan a ninfas y ménades, que también pertenecen al séquito del dios.

Forman un colectivo, y sólo en raras ocasiones destaca alguno como personaje individual. Uno de los pocos ejemplos es **MARSIAS**, que fue desollado por el dios Apolo, por su *hybris* (soberbia), por haberse jactado de ser superior a él como músico y haberle retado a una competición: Apolo tañía la cítara y venció a Marsias, que tocaba la flauta, y recibió tan cruel castigo del dios tras su derrota artística. Se han perdido las fuentes literarias griegas que narraban ese mito, pero la referencia más antigua se encuentra en el historiador Heródoto (s. VI-V a. C), VII 26, que indica que en una ciudad de Frigia se ve colgada la piel de Marsias, y que cuentan los frigios que allí la puso Apolo después de desollar a Marsias. Este sátiro, según algunos, era el inventor de la flauta, pero de acuerdo con el mito más común

era la diosa Atenea quien la había inventado. Sin embargo, al observar que se le deformaba el rostro al soplar, la tiró. Marsias la recogió entonces y aprendió a tocarla tan extraordinariamente que se atrevió a desafiar a Apolo.

Por otra parte, **SILENO** (o Papposileno) es el anciano jefe de los sátiros.

No aparecen muy a menudo los sátiros en la literatura, mientras que son mucho más abundantes sus representaciones plásticas. Su primera mención –como silenos– se encuentra en el *Himno Homérico a Afrodita* 262: “Con ellas <las Ninfas> se unieron en amor los Silenos y el Argicida <Hermes>”. Las obras literarias en que adquieren mayor protagonismo son los dramas satíricos, porque su coro está compuesto por sátiros, cuyo jefe es el anciano Sileno, y su acción transcurre en la naturaleza salvaje. El drama satírico es uno de los subgéneros del teatro, con notables diferencias respecto a la tragedia y la comedia. Era una obra algo más breve, de estructura similar a la de la tragedia, con lenguaje igualmente elevado, con un protagonista heroico y tema mítico, y en todo eso se alejaba de la comedia; pero –como ésta– era de carácter festivo. Con elementos humorísticos, el drama satírico suponía una burla de los temas mitológicos, una “sátira”. Sólo se ha conservado una obra entera (el *Cíclope* de Eurípides), aunque también quedan largos fragmentos de otras dos: de *Rastreadores* (o *Sabuesos*) de Sófocles, y de *Arrastradores de redes* de Esquilo.

Así comienza el *Cíclope* de Eurípides (s. V a. C.), por boca Sileno, que –invocando a Dioniso– se designa como padre de los sátiros del coro, y habla además de la lucha contra los Gigantes (Encélado es uno de ellos), de las Ninfas y de los Cíclopes:

SILENO. – Oh Bromio <Dioniso>, por tu culpa tengo que soportar penas sin cuento ahora y, cuando, en mi juventud, mi cuerpo estaba lleno de vigor. La primera vez fue cuando, enloquecido tú por Hera, te fuiste abandonando a las Ninfas de los montes, tus nodrizas. Luego, en el combate contra los hijos de la Tierra, cuando, estando a tu diestra armado con mi escudo, maté a Encélado, golpeándole en mitad del escudo con mi lanza. [...] Y ahora tengo que apurar una pena mayor que aquéllas, pues, al enterarme yo de que Hera lanzó contra

ti a la masa de los piratas tirrénicos para que fueras vendido lejos, me eché a la mar con mis hijos en tu búsqueda. Y en el extremo de la popa, tomando yo mismo el bien ajustado timón, lo dirigía derecho, y mis hijos, sentados a los remos, blanqueando el glauco mar con el batir de los mismos, iban en tu busca, señor. Pero cuando navegábamos ya cerca de Malea, el viento solano, soplando sobre el casco de la nave, nos arrojó sobre esta roca del Etna, donde los Cíclopes homicidas, de un solo ojo, hijos del dios del mar, habitan en cuevas solitarias. Apresados por uno de ellos, vivimos como esclavos en su casa. Al que servimos le llaman Polifemo y, en lugar de entonar los gritos báquicos, apacentamos los rebaños del impío Cíclope. [...] Pero he aquí que veo a mis hijos que conducen los rebaños a casa. ¿Qué es eso? ¿Es momento ahora para vosotros de hacer sonar el suelo al son de danzas, como cuando, acompañando a Baco <Dioniso> en su festivo cortejo, os dirigíais ... moviéndoos con voluptuosidad a los acordes de los cantos de vuestras liras?

(Eurípides, *Cíclope* 1ss. Trad. A. Medina González)

NINFAS

En cuanto a las ninfas, no son híbridas ni, por supuesto, monstruosas en absoluto, sino, al contrario, son bellas, deseables y encantadoras; pero las incluimos en este apartado por su ámbito y actividades en común con los sátiros: también ellas habitan en los campos, bosques y montes, y personifican las fuerzas naturales, la fecundidad y vitalidad como divinidades femeninas de la naturaleza. Se encuentran asimismo casi siempre en grupo, como un colectivo, aunque aparecen en ocasiones como personajes individuales (así, Aretusa, amada por el río Alfeo; Eco, enamorada de Narciso y desdeñada por él; Calipso, divinidad particular, enamorada de Ulises y desdeñada por él, a la que se llama "Ninfa" en la *Odisea*).

La genealogía que se les atribuye es diversa: hijas de Zeus, según Homero; o, según Hesíodo, las Ninfas Melias son hijas de Gea y de la sangre de Urano (hermanas, por tanto, de las Erinis y los Gigantes), y las Hespérides, descendientes de la Noche. Y aun otros las consideran hermanas de Equidna o de las Gorgonas. Así pues, en las fuentes más antiguas parece que se les da cierto carácter maléfico, huellas de una naturaleza originariamente nefasta, por la ascendencia que se les supone. También por sus analogías

con otras divinidades femeninas menores de otras mitologías, como las lamias vascas, las xanas asturianas, las ondinas escandinavas. Secundariamente, las ninfas son consideradas también hijas de los Ríos, al menos las náyades o ninfas de las aguas.

De rango subalterno, muchas de ellas forman parte del cortejo de otros dioses también relacionados con la naturaleza, como, sobre todo, Ártemis o Dioniso, y también Hermes y Pan. En general se entregan a los placeres de la danza, el canto y el amor, uniéndose a inmortales y a mortales en el interior de las grutas (excepto las compañeras de Ártemis, que deben permanecer vírgenes como la diosa). Y son acosadas sexualmente por los seres híbridos y salvajes también habitantes de los lugares agrestes, como los sátiros, los centauros y Pan. Algunas se ocupan de criar a niños divinos, como en el caso de Zeus, de Dioniso y de Eneas, el hijo de Afrodita y Anquises. Otras pueden tener poderes proféticos.

En algunos casos se les da un nombre más específico según el lugar donde habitan: así, las Oréades son las que habitan las cimas de las montañas; las Náyades y Creniades son las ninfas de ríos y fuentes, que personifican; las Driades y Hamadriades, las protectoras de los árboles en los bosques, etc. Otras son personificación de lugares (islas, ciudades: la ninfa RODO, la ninfa CIRENE).

Que las ninfas tienen su morada en las montañas ya nos lo cuenta el poeta épico Hesíodo (s. VIII a. C., probablemente) en el principio del relato cosmogónico de la *Teogonía*:

Gea alumbró primero al estrellado Urano (el Cielo) con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, morada de las Ninfas... Ella igualmente parió al piélagos de agitadas olas, al Ponto...

(vv. 126-132. Trad. Pérez Jiménez)

Según el *Himno Homérico Va Afrodita* están tan vinculadas a la naturaleza que la vida de cada ninfa está ligada a la de un árbol pues nace y muere a la vez que él. Afrodita

le anuncia a su amado, el troyano Anquises, que las Ninfas serán las encargadas de criar a Eneas, hijo de ambos:

A él <Eneas>, tan pronto como vea la luz del sol, lo criarán las Ninfas montaraces, de ajustado regazo, que habitan este monte elevado y sacratísimo. Ellas no se alinean ni con los mortales ni con los inmortales; viven largo tiempo, comen el alimento de la ambrosía y ponen su empeño en la graciosa danza junto con los inmortales. Con ellas se unieron en amor los Silenos y el Argicida <Hermes> de larga vista en lo profundo de encantadoras grutas. Al tiempo que ellas vinieron al mundo nacieron los abetos y las encinas de alta copa sobre la tierra nutricia de varones, árboles hermosos, que prosperan en los elevados montes. Se alzan inaccesibles y se les llama sacro recinto de los inmortales. Los mortales no los abaten con el hierro, sino que, cuando les llega la hora fatal de la muerte, se secan primero sobre la tierra estos hermosos árboles y en redor se les pudre la corteza y se les caen las ramas. A la vez el alma de éstas abandona la luz del sol. Ésas, pues, criarán a mi hijo, guardándolo consigo.

(vv. 256ss. Trad. Bernabé)

Pero según otras versiones las ninfas son inmortales.

También en el breve *Himno XXVI a Dioniso* tienen destacada mención, porque criaron al dios homenajeado en parajes agrestes:

Comienzo por cantar al que ciñe de hiedra sus cabellos, al de poderoso bramido, Dioniso, hijo ilustre de Zeus y de la gloriosísima Sêmele, al que criaron las Ninfas de hermosa cabellera, tras haberlo recibido en sus regazos de su padre, el Soberano. Cariñosamente lo cuidaron en los barrancos del Nisa, y él crecía por voluntad de su padre en una cueva fragante, pero contado entre los inmortales. Mas cuando las diosas acabaron ya de criar a quien sería motivo de muchos himnos, ya entonces frecuentaba los boscosos valles, cubierto de hiedra y lauro. Las Ninfas lo seguían a una, y él las guiaba. El fragor se adueñaba del bosque inmenso. Así que te saludo a ti también, Dioniso, pródigo en viñedos. Concédenos llegar alegres a las próximas estaciones y a después de esas estaciones, por muchos años.

(*Himno XXVI a Dioniso* completo. Trad. Bernabé).

Y en el *Himno Homérico XIX a Pan* constituyen el séquito del dios, con el que recorren escarpados montes y tiernos prados, y danzan y cantan al son de su caramillo:

Háblame, Musa, del amado vástago de Hermes, el caprípedo, bicorne, amante del ruido, que va y viene por las arboradas praderas junto

con las Ninfas, habituadas a las danzas. Caminan ellas por las cumbres de la roca, camino de cabras, invocando a Pan, el dios pastoral [...] tocando suave música con su caramillo... Acompañándolo entonces las montaraces Ninfas de límpido canto, moviendo ágilmente sus pies sobre el venero de oscuras aguas, cantan.

(*Himno. Homérico XIX, a Pan* 1ss. Trad. Bernabé)

En un interesante mito las Ninfas muestran otro rasgo, maligno, que quizá tenían en su origen (como Calipso, por ejemplo, igualmente una Ninfa secuestradora de un hombre atractivo, Ulises), según hemos comentado. Es el mito de Hilas, un muchacho de extraordinaria belleza, protegido de Heracles, al que acompañó en la expedición de los Argonautas, al mando de Jasón. Ésta es la historia en resumen: habían desembarcado los héroes y se disponían a cenar. Hilas fue con un cántaro en busca de agua para la comida. Encontró una fuente (o lago o río) y cuando se agachó para coger agua, las ninfas de la fuente, que habitaban dentro del agua, enamoradas de la belleza del joven, lo atrajeron y lo hundieron, para inmortalizarlo junto a ellas. Ante su tardanza, Heracles empezó a buscarle, desesperado, llamándole a gritos. No cesaba de mirar por todas partes, y ya no volvió a la nave Argo, que partió sin él. Aunque este mito ya se conocía en el s. V a. C., y quizá también antes, no se encuentra desarrollado por entero hasta la época helenística, en dos poemas del s. III a. C.: las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (I 1171-1357) y el *Idilio XIII* de Teócrito.

Veamos el relato de las *Argonáuticas*, que comienza con una deliciosa descripción del ámbito de las ninfas:

Al punto llegó éste <Hilas> al manantial que llaman Fontanas. Justamente entonces se formaban los coros de ninfas. Pues todas las ninfas, cuantas allí tenían por morada la amable montaña, se cuidaban de celebrar siempre a Ártemis con cantos nocturnos. Cuantas ocupaban las atalayas de los montes o también los torrentes, y las de los bosques, avanzaban en filas desde lejos; en tanto que del manantial de hermosa corriente otra ninfa acababa de emerger sobre el agua. Contempló a éste de cerca, arbolado de hermosura y dulces encantos, pues la luna llena con su luz lo alcanzaba desde el cielo. Cipris <Afrodita> estremeció el corazón de ésta y en su turbación apenas pudo recobrar el ánimo. Tan pronto como él sumergió el cántaro en la corriente, inclinándose de costado, [...] enseguida ella le echó el brazo

izquierdo por encima del cuello deseando besar su tierna boca, tiró de su codo con la mano derecha y lo hundió en medio del remolino.

(Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* I 1221ss. Trad. M. Valverde Sánchez)

Así se relata el mito en el *Idilio* XIII de Teócrito (en donde se explicita la relación amorosa entre Heracles e Hilas):

...El rubio Hilas fue con una vasija de bronce a buscar agua para la cena del propio Heracles y del intrépido Telamón, ya que estos dos amigos compartían siempre la misma mesa. Pronto advirtió una fuente en una hondonada, a cuyo alrededor abundaban los juncos, la obscura celidonia, el verde culantrillo, el florido apio y la reptante grama. En medio del agua danzaban las Ninfas en corro, las Ninfas que nunca duermen, deidades terribles para los campesinos. Fue el mancebo con prisa a hundir la grande jarra en la fontana, mas ellas lo asieron todas de la mano, que a todas el tierno corazón les rindió Amor con el deseo del muchacho argivo. Cayó él de golpe en el agua [...]

Tenían las Ninfas al lloroso mancebo en su regazo y lo consolaban con palabras tiernas. El hijo de Anfitríon <Heracles>, acongojado, había salido en busca del doncel, con su arco y su clava, que siempre le pendía de la diestra. “¡Hilas!”, gritó tres veces cuanto pudo con su fuerte garganta; tres veces el doncel le respondió, pero su voz salió tenue del agua. [...] Se agitaba Heracles, que añoraba al doncel, por breñas no pisadas, recorriendo gran trecho. ¡Cuitados los amantes! ¡Cuánto penó por montes y maleza! La empresa de Jasón no le importaba ya. [...] Así, entre los bienaventurados se encuentra ahora el bellísimo Hilas. A Heracles, en cambio, reprochábanle los héroes haber abandonado la nave.

(Teócrito, *Idilio* XIII 1ss. Trad. M. García Teijeiro y M^a T. Molinos Tejada)

ICONOGRAFÍA

A los sátiros se les representa por lo general como hombres con aspecto grotesco y salvaje y rasgos animalescos: con cola y orejas de asno o de caballo, cabellera encrespada, barba abundante, nariz chata y exagerados atributos masculinos, en continua erección. También, a veces, con parte inferior de macho cabrío, aunque ésa es más bien la imagen propia del dios Pan y, posteriormente, de los faunos latinos. Porque en su origen la imagen era principalmente humana, con unas pocas características equinas. Van desnudos o cubiertos en parte con pieles de animales.

En cuanto a Sileno, aparece como un sátiro anciano (con pelo blanco), aunque los rasgos de sátiro suelen estar en él menos acusados.

Respecto a las escenas en que aparecen con mayor frecuencia: en el séquito de Dioniso; persiguiendo a las ninfas o ménades; en la vendimia; tocando la flauta o danzando.

También las ninfas son representadas a menudo en grupo danzando o en alguna actividad con los sátiros, principalmente en el séquito de Dioniso. Otras veces aparecen individualmente, por ejemplo, cuando son perseguidas o se unen sexualmente a los sátiros (a veces con un erotismo muy subido de tono, incluso casi pornográfico). O bien aparecen en un contexto mítico como la personificación de una fuente o una isla, etc. Pero no tienen atributos distintivos.

Fig. 1 (p.c.* 1)



Sátiros y otros personajes del cortejo de Dioniso.
Cratera de volutas ática de fig. rojas, llamada Vaso de Pronomos. Ca. 410 a. C. Nápoles, Museo Archeologico Nazionale 3240.

En el nivel superior, en el centro, Dionisio y Ariadna, abrazados, con Eros. Abajo, sátiros, actores y músicos. Es un grupo numeroso de personajes: algunos son sátiros del cortejo de Dioniso, pero la mayoría son actores (con sus máscaras en la mano) o músicos, preparándose para una representación (probablemente un drama satírico), puesto que Dioniso es un dios muy vinculado al teatro, cuyos orígenes se relacionan con su culto.

* p.c.: páginas centrales

Fig. 2 (p.c. 2)

Sátiros borrachos. *Psyktér* ático de figuras rojas del pintor Douris, procedente de Cerveteri. Ca 500-490 a. C. Londres, British Museum E 768.



Fig. 3 (p.c. 2)

Sátiros y ninfas (o ménades) en la vendimia. Copa ática de figuras negras. Fin s. VI a. C. París, Cabinet des Médailles 320 (= 1785).

Fig. 4 (p.c. 2)

Sátiros y ninfas (o ménades) bailando. Cratera de cáliz ática de figuras rojas. Ca. 460-450 a. C. Londres, British Museum.





Fig. 5 (p.c. 3)

sátiro persigue a una ninfa (o ménade).

Pelice ático de fig. negras.
Fin s. VI. Londres, British
Museum W 40.

Fig. 6 (p.c. 3)

Sátiro persigue a una ninfa (o ménade).

Ánfora ática de figuras rojas.
Ca 525-515 a. C. París, Musée du Louvre
G2.



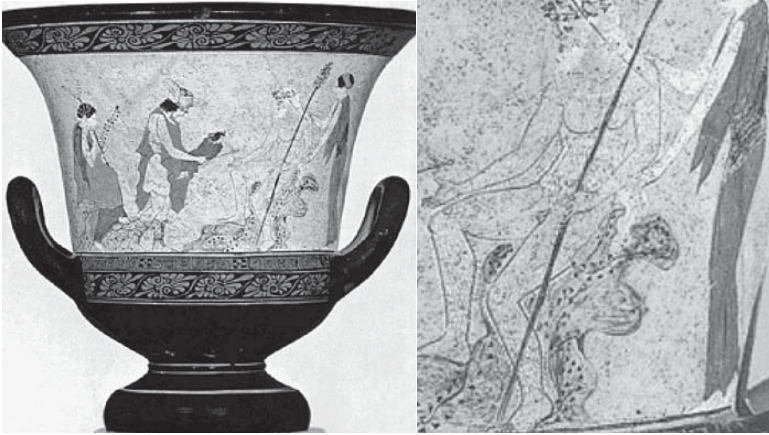
Fig. 7 (p.c. 3)

Certamen musical entre el sátiro Marsias y el dios Apolo.

Lekanis de Pestum de figuras rojas atribuido al pintor Asteas.
Ca 360-340 a. C. París, Musée du Louvre
K570G.

El sátiro Marsias, vestido sólo con la piel de un animal salvaje como manto, toca la doble flauta, mientras el dios Apolo (ataviado elegantemente, en contraste) tañe la cítara, su atributo, como también lo es la corona de laurel.

Fig. 8 (p.c. 3)



Hermes entrega al dios niño Dioniso al anciano Sileno y a las ninfas Nisias para que lo críen.

Cratera de cáliz ática de fig. rojas con fondo blanco. Ca. 440 - 435 a.C. Vaticano, Museo Gregoriano Etrusco 559.

Sileno o Papposileno tiene aspecto de sátiro anciano (con pelo blanco), con orejas y cola de asno o caballo, aunque los rasgos de sátiro suelen estar en él menos acusados. Sileno está sentado en una roca, sobre una piel de leopardo, sosteniendo un tirso en su mano, atributos que serán los típicos de Dioniso, que es confiado a su cuidado por Hermes. Detrás de Sileno, de pie, una ninfa.



Fig. 9 (p.c. 4)

El anciano Sileno (con orejas y cola de asno) toca la doble flauta sentado en un odre de vino.

Lécito siciliano de fig. rojas. Ca. 350 - 325 a.C. Malibú (California), J. Paul Getty Museum 86.AE.399.

Fig. 10 (p.c. 4)

Sileno (que toca un tamborín), una ninfa (o una ménade, tocando la flauta) y un pequeño sátiro forman el cortejo del dios Dioniso, que va montado en una pantera.

Cratera de campana de figuras rojas de Paestum. Ca 370 a. C. París, Musée du Louvre K240.



Fig. 11 (p.c. 4)



Prometeo y sátiros. La escena procede muy probablemente de un drama satírico perdido.

Cratera de fig. rojas. Ca. 420-410 a.C. Oxford, Ashmolean Museum.

Prometeo lleva una cañaheja (larga caña hueca), en la que había escondido el fuego robado a los dioses. Los sátiros, admirados, danzan a su alrededor con antorchas.

Fig. 12 (p.c. 4)

Ninfa náyade y Dios Río.
Ánfora campania de figuras rojas
Ca. 350-320 a. C.
Londres, British
Museum F 194.



EL Río aquí aparece como un toro con cabeza de hombre con cuernos. A sus lomos hay una náyade (ninfa de las aguas, hijas de los Ríos), que sostiene una hidria (vasija para el agua), su atributo.



Fig. 13 (p.c. 5)



Las tres ninfas (las Ninfas Estigias) y el héroe Perseo.
Ánfora calcídica de figuras negras procedente de Cerveteri. Ca. 520 a.C.
Londres, British Museum 155.